

rezca grande, magnánima y heroica ante los demas pueblos del mundo.

Nosotros acabamos de experimentar una nueva prueba de su proteccion, y llenos de entusiasmo podemos esclamar con mas razon que los hijos de Bethulia celebrando á su libertadora Judith: *Tu gloria Jerusalem, tu latitia Israel, tu honorificencia populi nostri* (1). Si María: tú eres la gloria de Jerusalem, tú la alegría de Israel, tú la honra de nuestro pueblo. Con ninguna otra nacion te has mostrado tan pródiga: *Non fecit taliter omni nationi* (2). El alma se engrandece y el corazon rebosa en las mas dulces expansiones, al contemplar tanta dicha, tan inesplicable predileccion.

¿Comprendéis ahora, la oportunidad de haber aplicado á la Santísima Virgen las palabras del Sagrado libro de los Macabeos que puse al frente del discurso? Si: es una Madre sobremanera admirable y digna de la memoria de los buenos: *Super modum mater mirabilis, et bonorum memoria digna*. En ella ordenó el Señor la caridad, y la ejerce misericordiosamente con nosotros: *Ordinavit in me charitatem*.

Pero no creais ni por un momento que será suficiente homenaje de gratitud una devocion estéril que solo procede de los lábios; unas frias alabanzas de su piedades y un poco desprendimiento para sostener su culto. No: María lo que acepta son los homenajes del corazon, la devocion sincera fundada en el sólido cimiento del cumplimiento de nuestra divina ley. Yo me complazco al observar estos

(1) Judith, cap. XV, v. 10.

(2) Ps. CXLVII.

testimonios de vuestra acendrada piedad que tributais á Maria Santísima correspondiendo al prolongado eco de los pasados siglos, y á las tradiciones de nuestros mayores, pero no cumpliria con mi ministerio si no os hablase el lenguaje de la verdad; profanaria el sagrado lugar en que me encuentro y faltaria de un modo criminal á la verdad, si os quisiese persuadir que por una devocion estéril habiais de conseguir la proteccion de esta Señora. Claramente nos lo dice: Yo amo á los que me aman. *Ego diligentes me, diligo* (1). ¿Creerá por ventura que ama á María, el que vivió entregado á los placeres, por mas que dedique algun tiempo á honrarla y bendecirla? ¿Creerá que la ama el que ha habitando de asiento la region de la iniquidad, remuda á cada paso con sus culpas los tormentos y la muerte de su Divino Hijo? ¿Cómo pues se han de hacer acreedores al amor y á la proteccion de esta piadosísima Reina? Si de tal modo obrásemos, fácil seria que nos sucediese algo peor que la pasada calamidad. Tal vez aquella volveria á reproducirse, y tal vez tambien nuestros clamores no serian entonces escuchados, por nuestra rebeldia. Ahora nos hemos asido al Arca de salvacion, y hemos arribado felizmente al puerto de la serenidad: hemos clamado y nuestras súplicas han sido escuchadas, hemos llorado y una mano benéfica ha enjugado nuestras lágrimas. Mañana tal vez no encontremos este refugio si á él no nos hacemos acreedores por una conducta verdaderamente cristiana.

(1) Prov. cap. VIII, v. 17.



No perdamos de vista para que mas se escite nuestra gratitud la fineza que nos ha sido concedida. Hagamos una comparacion entre nuestro estado de hoy y el de hace pocos dias. No os volveré á hablar de aquellos momentos de angustia que hacian huir el sueño de nuestros ojos. Os hablaré tan solo del tiempo de la bonanza. No presentan ya nuestros campos un aspecto árido y desolador (1): ni tampoco nos vemos espuestos á las enfermedades que son consiguientes á una prolongada sequía que siempre predisponen los humanos á alteraciones en la salud. «El Señor, sirviéndonos de unas espresiones de los libros santos, visitó la tierra, y la embriagó de riegos en la proporcion conveniente para llenarla de frutos ópimos: bendijo estos dias de su clemencia singular, y abundaron los campos de copiosas cosechas cuya semejanza apenas habian visto los antiguos: hiciéronse pingües hasta aquellos terrenos que siempre habian estado desiertos é incultos, y los collados se vistieron de fresca verdura como de un ropaje soberbio de gala: multiplicáronse los ganados lanares y engrosaron sobre pastos floridos, cubriéndose de espesos y ricos vellones: los valles se fecundaron hasta henchirse todos de frondosos árboles ó de mieses doradas, y aun lo mas insensible respirando alegría pareció cantar himnos (2).» Espero, mis amadísimos hermanos, que dentro de poco podremos repetir estas mismas espresiones del Profeta David, á vista de lo propicio que el cielo se nos muestra. Pasados los dias de la cólera

(1) El orador puede variar en este y en el anterior discurso lo que sea conducente si en vez de la sequía, hubiere sido otra la calamidad pública.

(2) Ps. LXIV. v. 10, 12, 13 y 14.

del Señor, que mas han sido dias de clemencia y de bondad, se ha abierto para nosotros el tesoro de sus bienes.

De tal modo se ha vengado Dios por nuestros pecados, y por los continuos ultrajes con que hemos correspondido á su bondad. Nosotros éramos indignos de todo bien, y el Señor á pesar de esto nos ha colmado de los mas preciosos beneficios y de los mas singulares favores. Ya sabeis quien nos ha obtenido tanta clemencia. Fijad vuestra vista en esa hermosa Imágen á la que dirigimos los presentes cultos ¡Oh piadosísima María! ¿Quién sino Vos, ante cuya presencia se exhalaban tantos clamores durante la pasada calamidad, nos ha alcanzado el remedio? ¿Quién sino Vos á la que siempre hemos recorrido como á nuestra medianera de intercesion y abogada? Solo María, la bendita María es quien nos ha hecho propicia la bondad divina. La invocamos en el tiempo de la afliccion, y compadecido su maternal corazon estuvo pronta á alcanzarnos la gracia que solici-  
tábamos. Moradores todos de N.; este ejemplo os habla en verdad y os advierte vuestros deberes. Rindamos fervorosos homenajes de accion de gracias á la Magestad del Señor que nos ha dispensado el beneficio y á María que ha sido nuestra intercesora. No seamos insensibles á la bondad y á las misericordias que acabamos de experimentar, y en prueba de nuestra gratitud, hagamos un firme propósito de ser en adelante exactos observadores de la Divina Ley, y en tan robusto cimiento fundemos nuestra devocion á la Virgen Santísima, á esa Madre sobremanera admirable y digna de la



memoria de los buenos. *Super modum mater mirabilis, et bonorum memoria digna.* Por ella hemos de seguir en adelante recibiendo los favores del Señor. Su corazón rebosa bondad y solo quiere que practiquemos el bien y detestemos el mal para socorrernos con prodigalidad. En ella ha sido depositado el precioso tesoro de la caridad que tan benignamente ejerce á favor nuestro: *Ordenavit in me charitatem.*

¡Oh elemental! ¡Oh piadosa! ¡Oh dulce Virgen María! Vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos. Recibe Señora, los tiernos afectos de nuestros corazones, que os ofrecemos; no olvidaremos jamás vuestras piedadades, y particularmente el beneficio que acabamos de recibir del Señor por vuestra poderosa mediación. Bendita seais mil y mil veces de los ángeles y de los hombres porque sois el refugio de los pecadores, el consuelo de la mísera humanidad. Por Vos, Madre nuestra, encontraremos siempre la salud; por Vos alcanzaremos el remedio de todos nuestros males; por Vos disfrutaremos la dicha de gozar de Dios. Bendita seais ahora y en todos los siglos y mas allá.

Bendigamos también, y muy principalmente á Dios nuestro Señor, que atendiendo á los ruegos de su augusta Madre ha hecho resplandecer en nosotros sus bondades y misericordias.

¡Oh Dios de amor! No encontramos palabras con que manifestaros nuestra gratitud por tantos beneficios como nos dispensais. Seguid como hasta aquí otorgándonos vuestra infinita misericordia y concedednos el cumplimiento de vuestra Divina Ley, sin que los esfuerzos de la impiedad puedan

jamás arrancar la fé de nuestros corazones y que despues de haberos bendecido en la tierra, tengamos la inestimable dicha, en compañía de vuestra Santísima Madre, de los coros angélicos y de todos los bienaventurados, de bendeciros, y adoraros en la Gloria, por los siglos de los siglos. *Amen.*

## NUESTRA SEÑORA DE COVADONGA

El nombre de Covadonga es un nombre muy antiguo y muy venerable. Mi memoria tiene por seguro que en todos los siglos.

En el cap. XLV, v. 28.  
Con ninguna otra acción ha mostrado tanta prodigalidad.

En el cap. XLV.

La Providencia en sus altos designios incomprensibles, ha querido que en esta tierra de España se ocupase siempre por disposición de la Providencia un lugar distinguido entre todos los pueblos de la tierra. Allí momentos elevados en todos los puntos de nuestra península, son otras tantas demostraciones de esta verdad que nos es tan consoladora. Si tenemos como nuestra consuelación á los antiguos tiempos, la vemos envidiada del teniente y del griego. Haya poderosa por sus riquezas, dotada de un clima benigno y de un suelo fértil, suyo resistir á las leyes de las romanas y á los obstinados esfuerzos de Cartago.